

Concepción de la naturaleza humana

Arbab F. (1998). Concepción de la naturaleza humana (p.8-9). Promoviendo un Discurso sobre Ciencia, Religión y Desarrollo. Haifa: Israel

Gran parte de lo que presentaré en los siguientes capítulos se basa en mi punto de vista de la naturaleza humana y debo hacer algunos comentarios sobre el tema. Las ideas del tipo que expreso aquí corren el peligro de ser descartadas como utópicas. Pero, entonces, el rechazo instintivo de las nobles aspiraciones en nombre del realismo se ha vuelto habitual con los enfoques a los problemas sociales que han fallado tanto por elevar a la raza humana como por reconocer su impotencia. Los puntos de vista predominantes - presumiblemente realistas- de la naturaleza humana son confusos y contradictorio en sí mismo. Por un lado, soñamos y trabajamos por un mundo de paz y prosperidad; por otro lado, lo que pasa por teoría científica nos describe como esclavos del interés propio, incapaces de ascender a las alturas de la nobleza que debemos alcanzar para enfrentar nuestros desafíos. Trabajamos, entonces, por objetivos que yacen para siempre más allá de nuestros medios egoístas. Son esas contradicciones las que han llevado a la parálisis de la voluntad que hoy impregna todos los estratos de la sociedad.

Para liberarnos de esta contradicción paralizante, primero debemos preguntarnos si la historia de la raza humana, con todas sus locuras, corrobora cualquier teoría como el pecado original, el ser inocente corrompido por la civilización, el humano que está a solo un paso de ser un dios, o el animal impulsado por una colección insaciable de necesidades. Cuando se examinan las operaciones del amor, de la voluntad de conquistar el ego, de la trascendencia y de la belleza, junto con la crueldad que ha afligido a la humanidad en su

arduo camino evolutivo, la imagen que emerge es de un ser humano de naturaleza dual, y un conjunto de fuerzas complementarias que dan forma y remodelan esa naturaleza.

No podemos negar que hemos heredado de millones de años de evolución animal atributos que pertenecen a esos orígenes. En el animal, tales características no son ni buenas ni malas; son meramente rasgos necesarios para la supervivencia individual y colectiva. Pero no constituyen una base realista sobre la cual se pueda construir la sociedad humana. Existe una amplia evidencia histórica y experiencial de que también poseemos una naturaleza superior, una espiritual que gradualmente nos ha permitido comprender y satisfacer las necesidades materiales dentro de los límites apropiados, al tiempo que supera las exigencias de la existencia animal. Ninguna de las actitudes habituales hacia nuestra naturaleza física -el rechazo, la culpa, la aceptación pasiva o la fijación amorosa- conduce a la trascendencia. El desafío es superar las limitaciones que nos imponen las exigencias de la supervivencia, aprender a controlar los apetitos animales y desarrollar las cualidades de la naturaleza superior que lucha por expresarse. Esta es una tarea personal a ser abordada por cada individuo, y al mismo tiempo, un imperativo en la evolución colectiva de la raza humana.

La fuerza primaria que impulsa este proceso evolutivo, ahora consciente, es el conocimiento, un conocimiento que se crea y se recrea constantemente sobre la base de una sólida comprensión de uno mismo, de los impulsos que conducen a la humillación y de aquellos que conducen a la dignidad y honor. Los dos depósitos de este conocimiento son la religión y la ciencia. Con su ayuda descubrimos en nosotros mismos los poderes de la nobleza, la libertad y la unidad, y aprendemos a aplicar estos poderes a la construcción de una civilización en constante avance.

Conception of human nature

Arbab F. (1998). Conception of human nature (p.8-9). *Promoting a Discourse on Science, Religion and Development*. Haifa: Israel

So much of what I will present in the following chapters is based on my view of human nature that I should make a few comments on the subject. Ideas of the kind I express here run the danger of being dismissed as utopian. But, then, the instinctive rejection of noble aspirations in the name of realism has become habitual with approaches to social issues that have failed both to uplift the human race and to acknowledge their impotence. The prevailing—presumably realistic—views of human nature are confusing and self-contradictory. On the one hand, we dream of and labour for a world of peace and prosperity; on the other, what passes for scientific theory depicts us as slaves to self-interest, incapable of rising to the heights of nobility we must achieve in order to meet our challenges. We work, then, for objectives that lie forever beyond our selfish means. It is such contradictions that have led to the paralysis of will that today pervades all strata of society.

To liberate ourselves from this paralyzing contradiction, we must first ask if the history of the human race, with all its follies, substantiates any such theories as original sin, the innocent being corrupted by civilization, the human who is only one step away from being a god, or the animal who is driven by an insatiable collection of needs. When the operations of love, of the will to conquer the ego, of transcendence and of beauty are examined—along with the cruelty that has afflicted humanity in its arduous evolutionary path—the picture that emerges is of a human being with a dual nature, and a set of complementary forces that shape and reshape that nature.

We cannot deny that we have inherited from millions of years of animal evolution attributes that belong to those origins. In the animal, such characteristics are neither good nor bad; they are merely traits required for individual and collective survival. But they do not constitute a realistic base upon which human society can be constructed. There is ample historical and experiential evidence that we also possess a higher nature, a spiritual one that has gradually made it possible for us to understand and satisfy material needs within appropriate limits, while rising above the exigencies of animal existence. None of the usual attitudes towards our physical nature—rejection, guilt, passive acceptance, or loving fixation—is conducive to transcendence. The challenge is to overcome the limitations urged on us by the demands of survival, to learn to control the appetites of the animal, and to develop the qualities of the higher nature that struggles for expression. This is a personal task to be tackled by every individual, and at the same time, an imperative in the collective evolution of the human race.

The primary force propelling this, now conscious, evolutionary process is knowledge, a knowledge that is created and constantly re-created on the basis of a sound understanding of one's self, of those promptings that lead to abasement and of those that lead to dignity and honour. The two repositories of this knowledge are religion and science. With their aid we discover in ourselves the powers of nobility, freedom and oneness, and learn to apply these powers to the building of an ever-advancing civilization.